

QUÉ SE LEE EN EL SISTEMA EDUCATIVO

Congreso de Editores. Compostela, mayo 2004

1. ¿Qué se lee en el sistema educativo?

Para responder en su totalidad una pregunta tan compleja, habría que tener en cuenta algunas cuestiones que no podré abordar de modo explícito, pero que van a estar como telón de fondo de todo lo que diga. Me refiero a aspectos como

- el papel que hoy juega el sistema educativo en la formación de las personas, tan distinto del de hace algunos años.
- la importancia de la lectura en la vida de los alumnos y alumnas (tan distinta, también: los que leen son algunos, los que miran las múltiples pantallas que hay en los hogares son todos).
- la influencia de las condiciones familiares en el nacimiento y consolidación del gusto por la lectura.
- o el papel social del libro en la actualidad, como un producto más que se dirige a los consumidores o como un bien cultural que se dirige a los ciudadanos. Una cuestión que no es más que el reciclado de la vieja pregunta, "el cine, ¿arte o industria?" que tanto discutíamos en los cine-clubs en los primeros años setenta.

2. ¿Qué se lee en el sistema educativo?

Para llegar a mi respuesta, parto de una idea esencial (aunque, en la práctica, no lo sea tanto):

al trabajo con la lectura en las aulas le corresponde ocupar un lugar central.

No es, no puede ser, algo secundario o subordinado, una adherencia pegada al cuerpo central del currículo, a la que se dedican algunos momentos puntuales.

"Siento que detrás de cada libro hay una persona que me habla", decía Montag, el protagonista de Fahrenheit 451, resumiendo de modo magnífico el papel esencial que la lectura puede jugar en la formación de cualquier persona, pues es la vía para ponernos en contacto con la

compejidad de la vida humana. Y no olvidemos tampoco que es leyendo, y no a través de los estudios teóricos, como los alumnos construyen su competencia literaria.

Por eso, la lectura tiene que ser uno de los ejes alrededor de los que se articula la vida en las aulas. El aula es uno de los pocos espacios que esta sociedad reserva explícitamente a la lectura. Una capacidad a la que se reconoce su importancia en todos los objetivos oficiales, como un fin en si misma y como un vehículo para la adquisición de otros conocimientos.

2b. Por esta razón, cuando escucho hablar de la "escolarización de la lectura" como un mal que se debería evitar (en muchos escritos se ha hablado de "desescolarizarla"), me parece imprescindible aclarar el malentendido.

Si defiendo que la lectura debe ocupar un lugar central en la vida cotidiana en las aulas, pues bendita escolarización.

Mi opinión cambia si en el término "escolarización" agrupamos un conjunto de prácticas lectoras equivocadas que se desenvuelven en la actualidad. Es decir, cuando los valores negativos que se asocian a determinadas prácticas escolares acaban por contaminar también a la lectura.

Unas prácticas equivocadas que pueden haber nacido de las mejores intenciones, pero que acaban por producir el efecto contrario al que las hizo nacer.

Para explicar bien el sentido de mi crítica, me limitaré a contar una anécdota de mi infancia que puede ser reveladora de lo que quiero decir:

Cuando yo era niño, a los chicos de mi barrio nos gustaba coleccionar huevos de pájaros; ya sé que desde la perspectiva de hoy es una costumbre bárbara, pero en aquellos años la vivíamos como algo natural. Para conservar los huevos, los depositábamos en una caja de cartón, de las de los zapatos, llena de salvado o de serrín. Pero antes, para que no se

podrían, con una aguja les hacíamos dos agujeros diminutos, uno por cada extremo; después, soplábamos por uno de ellos y todo el contenido del huevo iba cayendo por el otro, hasta quedar completamente vacío. Así, aquellos huevos tan frágiles y hermosos no eran más que cáscaras, envoltorios que sólo guardaban el vacío interior. Una metáfora de tantas actividades sobre la lectura que, en el mejor de los casos, solo consiguen la indiferencia de los alumnos.

3. Defiendo, como he dicho, que la lectura tiene que ocupar un lugar central (y ya lo ocupa en muchos casos, y bien que se nota), y no puede ser nunca una pieza de puzzle destinada a llenar los huecos que quedan entre las actividades "verdaderamente importantes".

Y tampoco puede ser una imposición que cae sobre los alumnos como una penosa tarea que, para más inri, culmina con un examen.

Porque, ante prácticas así, no debe extrañarnos que resucite el viejo Pavlov y nos certifique el origen de esa aversión a los libros que un sector de los escolares siente, y que luego traslada a su vida adulta.

4. Estas malas prácticas asociadas a la lectura tienen una relación evidente con la pregunta que formulamos al principio. Para analizarla, abordaré la primera cuestión que me parece importante tratar: ¿Consideramos la lectura un fin en si misma o un instrumento al servicio de otros contenidos curriculares?

Porque una cuestión es la promoción de la lectura como una vía para formarnos como personas / como una vía para que los alumnos consoliden su competencia comunicativa / como una práctica imprescindible para desenvolver su competencia literaria,

y otra cosa muy distinta es la lectura como instrumento, como una vía para adentrarse en un tema que se desea abordar: la obra de un autor, una época histórica, un contenido social o ético, etc.

En este segundo caso, la lectura deja de ser un fin en si misma, deja de ser el reino de la libertad del que hablaba Pennac, y se convierte en una herramienta para otro fin (para estudiar a Rosalía de Castro o a Galdós /

o el realismo del XIX o la generación del 27 / o el conflicto social y ético que provocan los avances genéticos, por poner algunos ejemplos).

El cruce y la confusión entre estas dos concepciones de la lectura es lo que lleva a errores de enfoque que no se darían si tuviéramos claras las diferencias. Y, además, solucionaría la falsa polémica entre prescripción o no prescripción, como trataré de explicar ahora.

5. Si desde el aula yo quiero trabajar la lectura como un fin en si misma, promoviendo paso a paso el deseo de leer y la formación de la competencia literaria, resultará ridículo que me limite a prescribir unos pocos títulos, por muy interesantes que sean.

Para mis objetivos, esto sería casi tan desastroso como la postura contraria, esa que se ejemplifica en la frase tantas veces oída: "lo importante es que el alumno lea, sea lo que sea."

Ni una cosa ni otra. Como profesores, no podemos renunciar a nuestro papel de mediadores, no podemos dejar que sea únicamente el azar o ese eufemismo de la mano invisible del mercado quien nos imponga lo que hay que leer. Hay muchos libros magníficos, libros de calidad y atractivo evidentes, libros que hacen lectores, que solo llegarán a las manos de nuestros alumnos si alguien cumple ese papel de mediador. Y no podemos olvidar que, en las aulas, ese es un papel que nos corresponde a nosotros.

5b. Y tampoco podemos olvidar que, en nuestra aulas, como en cualquier grupo humano, lo que reina es la variedad: alumnado de familias con medios económicos y alumnado de familias que malamente llegan a final de mes / alumnos con padres interesados por la cultura y alumnos con padres que llegan a casa derrengados del trabajo (si lo tienen) y se derrumban delante de la televisión / hogares con libros, en los que hay interés por la lectura, y hogares en los que solo hay una enciclopedia y los pocos libros que la escuela haya ido propiciando. ¿O no nos reiteran las estadísticas que casi el 50% de la población adulta no lee nunca?

Además, no solo nos encontraremos con que nuestros alumnos traen a clase las desigualdades sociales (y el sistema educativo, mientras no se diga lo contrario, también está para corregir esas desigualdades, no para consolidarlas y ampliarlas), sino que también nos traen sus gustos y motivaciones diferentes.

Por esa razón, parece mucho más idóneo, a la hora de diseñar el trabajo sobre la lectura, ofrecerles una carta tan variada y generosa como la del mejor restaurante:

- libros encuadrados en la llamada literatura infantil-juvenil y libros que pertenecen al canon de la literatura de adultos (y las proporciones de esta mezcla están muy bien explicadas en un artículo luminoso e imprescindible que Teresa Colomer publicó hace algunos años),

- Libros breves y libros extensos, de aventuras o de humor, de fantasía o realistas; libros de estructura clásica y libros formalmente innovadores, que abren perspectivas nuevas y complejas...

Todos configurando un menú que servirá para atender a la variedad de intereses, gustos y niveles que, inevitablemente, conviven en cada clase.

AQUÍ TENGO UN EJEMPLO, EL MENÚ QUE ESTE AÑO LES HE PREPARADO A MIS ALUMNOS DE 4º DE E.S.O.

En él conviven sin ningún problema *Drácula* de Bram Stoker con *Rebeldes* de Susan Hinton, *El guardián entre el centeno* de Salinger con *La sombra cazadora* de Suso de Toro, *El hobbit* de Tolkien con *Bajo las ruedas* de Hermann Hesse, *Cousas* de Castelao con *A banda sen futuro* de Marilar Aleixandre.

¿Podría ofrecerle a mis alumnos una oferta solo con obras de las que llamamos clásicas (y aceptemos lo que Calvino escribe en su ensayo sobre la lectura de los clásicos)? Podría, claro, pero dudo mucho que a través de un listado así consiguiera mis objetivos. Adquirir una sólida competencia literaria es un camino largo, con muchas etapas. Y cada etapa tiene sus libros, en función de la capacidad de recepción. Una

capacidad que se debe de estimular para que se enfrente continuamente a nuevos retos.

6. Entonces, ¿cuando se impone como necesaria la prescripción, la lectura del mismo libro por todos los alumnos de la clase?

En mi opinión, en dos situaciones muy bien definidas:

1ª) cuando precisamos que se lea una obra porque nos va a servir de vía para tratar un tema determinado del currículo. Una obra para estudiar un autor, una época, un movimiento. O para tratar un tema transversal (la coeducación, el pacifismo, la conservación del medio), o un tema que abordamos teóricamente en alguna área. Si estudio a Rosalía y la época del Rexurdimento, es una opción lógica mandar que todos los alumnos lean *Follas Novas*. Y mejor si es en una edición anotada, que ayudará a los fines que pretendo. O una antología que le ofrezca una mirada completa sobre las distintas facetas de su obra.

b) La otra situación es cuando, en cualquier curso de Primaria o de ESO, el profesor decide trabajar un conjunto de cuestiones -temáticas, formales, creativas- a través de un libro determinado. El paradigma de este enfoque, y a él me remito, podría ser el deslumbrante abanico de actividades que Víctor Moreno, a partir de un único título, hace en su libro *El deseo de leer*.

7. Después de esto, creo que desaparece la disyuntiva entre prescripción o no, porque las dos opciones se pueden dar en una misma clase. Una sugestiva selección de libros para fomentar la lectura y desarrollar la competencia literaria, y algún título concreto para utilizarlo como herramientas orientadas a otros saberes, literarios o no.

8. Claro, esto obliga a contar con un profesorado informado, que tenga los conocimientos necesarios para elaborar esos menús para su grupo y

para seleccionar los libros que le pueden ser idóneos para trabajar otras cuestiones.

"Uno quizá no pueda, pero dos sí que pueden", le decía Humpty Dumpty a Alicia en la obra de Carroll. Es el consejo idóneo para esta cuestión. Porque aquí es necesario contar con ayuda, con información de otros profesores o de grupos especializados. La fundación GSR, el portal SOL, los múltiples grupos de animación a la lectura, las revistas especializadas (CLIJ, Peonza, Fadamorgana...), la crítica (si es que algún día deja de considerar invisible a la LIJ), el boca a boca, la experiencia acumulada... Y, claro, la información específica (en papel y en la Red) que puedan facilitar las editoriales sobre los fondos de su catálogo y sobre la cosecha de novedades que cada año trae.

9. Pero, objetará alguien, uno no puede evitar que lo que pasa fuera de las aulas entre también en ellas, bien sea en forma de los omnipresentes bestsellers o en forma de libros de muy dudosa calidad. Es verdad: si uno se fiase por las cartas que publica el suplemento infantil de EL PAIS, podría pensar que solo existen lectores de Harry Potter y Molly Bloom, con el añadido local de Manolito Gafotas. O si accedes a algún listado fiable de los más vendidos, constatas que entre ellos hay títulos que nunca incluirías en ese menú ideal.

¿Y qué? Pasa eso y seguirá pasando, y pasa también en el mundo adulto, sería ridículo oponerse. Pero lo que sería más ridículo aún es que el sistema educativo fuese cómplice de esa situación, ya sobrada de medios para llegar a cualquier sitio, y no favoreciera los libros de calidad: los que también existen entre los que promociona el mercado y esos otros libros que, a pesar de todos sus valores, no tienen fuerza para hacerse ver en él. Como tal, *Postales desde tierra de nadie*, de Aidan Chambers. O *Rosa Blanca*, de Roberto Innocenti. O esa maravilla que es *El enigma y el espejo*, de Jostein Gaarder.

10. Son muchas las cosas que ya se están haciendo bien, no hay más que ver la apreciable cantidad de centros en los que la lectura es un

objetivo principal; centros en los que la biblioteca no es un depósito de libros cerrados, sino un espacio vivo que hace llegar esa vida a todo el alumnado; clases en las que existe una biblioteca de aula (tan distinta de la general del centro, pero más necesaria, sobre todo en Infantil y Primaria)...

Y también son bastantes las cosas que, sin duda con la mejor de las intenciones, amenazan con llevarnos a un callejón sin salida. Como ejemplo, ni mucho menos el más importante, citaré tan solo uno, del que tengo amplia experiencia: la visita de los escritores a los colegios.

En un libro que escribí en 1989, entre las propuestas para trabajar con la lectura, yo incluía en lugar principal el "encuentro con el autor". Entendía que, tras la lectura y el trabajo escolar alrededor de uno o varios libros de un mismo autor, era un maravilloso colofón el encuentro con esa persona. Hoy sigo creyendo en él, y tengo experiencias inolvidables en mi memoria, colegios de los que sales emocionado por lo que allí has vivido.

Pero también sé que una actividad así puede generar prácticas equivocadas. Porque puede ocurrir que acabe formando parte de una faceta del mercado que el autor no controla, porque hay negociaciones que no conoce: si prescribes tal libro, te traigo tal autor. O, peor, prescribo tal libro si me traes al autor. O, peor aún, prescribo un libro que tenga autor disponible para venir.

Así que el criterio de selección acaba siendo la disponibilidad temporal del autor, algo que limita mucho el campo, porque la mayoría tenemos otro trabajo (y, con él, la posibilidad de negarnos). Además, visto desde el lado del autor, ¿qué sentido tiene un encuentro en centros donde los niños, acostumbrados a que les llegue uno cada poco tiempo, viven esa visita ya como algo rutinario?

Felizmente, la realidad está abriendo ya otras posibilidades. Por poner un ejemplo que me afecte, son varias las aulas que tienen o han tenido conmigo encuentros a través del correo electrónico, con una sucesión de cartas, de envíos de fotos, de comentarios, de textos de los

alumnos... que da gusto. Estén (y es mi experiencia) en Arteixo, en Barcelona o en Buenos Aires.

10. Finalizo, no porque se acaben los temas, sino porque se acaba mi tiempo.

Defiendo la presencia central del libro en el aula y la existencia de profesores preparados e informados.

Considero imprescindible la vida intensa de las bibliotecas centrales y de aula.

Apoyo la oferta diversa que dé respuesta a la diversidad del alumnado.

Apoyo la prescripción, nunca arbitraria, sino cuando el trabajo en el aula la hace necesaria. Y apoyo, sobre todo, la certeza de que estamos ante un trabajo imprescindible, más fácil de lo que creemos. Álvaro Cunqueiro decía, ya en los años cincuenta, que "el hombre precisa, como quien bebe agua, beber sueños". Beber sueños como quien bebe agua. No encuentro palabras mejores para explicar la necesidad y el placer de la lectura. Una conquista exigente, pero imprescindible.

Porque la lectura y la escritura, además de ser vías de enriquecimiento y goce personal, son dos herramientas esenciales para transformar el mundo y para transformar la vida. Lo dijo de modo inolvidable Gianni Rodari, con palabras que, aunque se haya repetido tantas veces, siguen tan cargadas de vida como el primer día:

La creatividad y la fantasía sirven a las personas precisamente porque en apariencia no sirven para nada. Pero sirven a la persona completa. Si una sociedad basada en el mito de la productividad sólo tiene necesidad de hombres mutilados -fieles ejecutores, diligentes reproductores, dóciles instrumentos sin voluntad- quiere decir que está mal hecha y que es necesario cambiarla. Para cambiarla hacen falta hombres y mujeres creativos, que sepan utilizar la imaginación. Desarrollamos la creatividad de todos, para transformar el mundo.